

Algunos apuntes sobre las inscripciones reales de la dinastía “caldea” (626-539 a.C.)

Una fuente documental privilegiada para el estudio del pasado de Babilonia

[Some remarks on the Neo-Babylonian Royal Inscriptions (626-539 BCE)]

Rocío Da Riva
*Universidad de Barcelona*¹

Resumen: El periodo neo-babilónico es uno de los mejor documentados de la antigua Mesopotamia. Se han conservado miles de documentos económicos y administrativos, tanto en archivos institucionales como privados, así como centenares de inscripciones reales y diversas crónicas y textos literarios. En el presente artículo se realiza un repaso de las inscripciones reales, analizando sus características más importantes.

Palabras clave: periodo neobabilónico, inscripción, edificios, imperio, cuneiforme, monumentos, Mesopotamia, Babilonia

Abstract: The Neo-Babylonian period is one of the best documented in ancient Mesopotamia. Many thousands of economic and administrative texts have been preserved both from institutional and private archives, as well as hundreds of royal inscriptions, and several chronicles and literary texts. This article offers a review of the royal inscriptions analysing their most important features.

Keywords: Neo-Babylonian period, inscription, buildings, empire, cuneiform, monuments, Mesopotamia, Babylonia

¹ Quisiera agradecer a ICREA la concesión del Premio ICREA Academia 2014; a los Trustees del Museo Británico el permiso de publicar imágenes de inscripciones conservadas en sus fondos (Figs. 3, 4, 7 y 8); a la Dirección General de Antigüedades del Líbano por el permiso para trabajar en los proyectos de Nahr el-Kalb, Brisa y Shir as-Sanam; al Departamento de Antigüedades de Jordania por la asistencia en el trabajo de Sela; al Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Barcelona por el constante apoyo mostrado; y a A. Ensesa y S. Ríos su generosidad con las fotografías. Las inscripciones reales referidas en estas páginas siguen los catálogos de Schaudig (2001) y Da Riva (2008).

1. La época neo-babilónica (626-539 a.C.)

Si pensamos en la antigua Mesopotamia, y en lo que sobre ella nos presenta la Biblia, los autores clásicos, la ópera o el cine, es muy probable que la imagen que nos venga a la mente sea la Babilonia de Nabucodonosor II (605-562 a.C.), la Torre de Babel y los Jardines Colgantes. Independientemente de la historicidad de alguno de estos elementos, lo cierto es que este periodo es uno de los más conocidos de la historia del antiguo Oriente. Desde un punto de vista arqueológico, la época neo-babilónica se engloba dentro de la Edad del Hierro. Pero si pensamos en términos históricos, neo-babilónico es el breve pero muy intenso periodo de tiempo en que una dinastía con seis monarcas nativos – Nabopolasar (626-605 a.C.), Nabucodonosor II (605-562 a.C.), Amel-Marduk (562-560 a.C.), Neriglisar (559-556 a.C.), La-abash-Marduk (556 a.C.) y Nabónido (556-539 a.C.) – gobernó Babilonia de forma independiente por última vez.

Los hallazgos arqueológicos de esta época son impresionantes (Czichon 1998-2001: 201-206), y su huella en la tradición posterior (griega y romana, medieval árabe y hebrea) es indudable. Sin embargo, la historia política de este momento tan fascinante apenas ha sido objeto de unos pocos estudios monográficos. El primero fue el artículo de A. T. Olmstead “The Chaldaean Dynasty” (1925) que se basa sobre todo en fuentes neo-asirias y Bíblicas. Casi cuarenta años más tarde, E. N. von Voigtlander escribió la primera (y hasta ahora única) historia política global de esta época usando (quizás de manera poco crítica) crónicas, inscripciones reales y documentos administrativos como base de su excelente: *A Survey of Neo-Babylonian History* (1963), una tesis doctoral que nunca fue publicada. Hoy en día, este trabajo pionero debe ser puesto al día con la evidencia documental de los últimos años, cuyos estudios han revolucionado nuestros conocimientos sobre esta época: el catálogo de las inscripciones reales publicado por Berger (1973) que ha sido la base de ediciones y estudios posteriores (Schaudig 2001; Da Riva 2012, 2013a, 2013b); el estudio de las crónicas (Grayson 1975; Glassner 2004); la monografía de Beaulieu sobre Nabónido (1989), y las decenas de miles de textos económicos y administrativos de los archivos cuneiformes que von Voigtlander no pudo incluir en su momento (Jursa 2005).

El periodo neo-babilónico es de los mejor documentados, tanto en lo que respecta a la arqueología como a los textos. En efecto, las fuentes escritas para la Babilonia del I milenio a.C. constituyen más de 50.000 documentos cuneiformes en diversos dialectos del babilonio. Se trata de uno de los corpora textuales más abundante de la antigüedad, junto con el de los papiros griegos de Egipto. En la literatura especializada, las fuentes se diferencian entre textos “de archivo”, “monumentales” y “canónicos”. Los textos “de archivo”, quizás el

80% del total, son aquellos de la vida cotidiana, los que se usan para estudiar la sociedad y la economía: cartas, pagarés, contratos, listas, etc. que se conservaban en archivos (institucionales o privados) y que adquieren significado pleno en el contexto de dichos archivos. El tamaño de los archivos puede variar desde unas decenas de tablillas de un modesto archivo privado hasta las decenas de miles de textos de las grandes instituciones (templos o palacios, véase Jursa 2005). La reconstrucción de los archivos es uno de los trabajos más importantes de los asiriólogos, habida cuenta de que pocas excavaciones arqueológicas han recuperado tablillas neo-babilónicas en su contexto arqueológico completo.

Por su parte, las fuentes “monumentales” babilonias son fundamentalmente inscripciones oficiales de reyes y mandatarios que tienen como objeto principal dedicaciones a templos y construcciones de edificios civiles y religiosos (templos, capillas, palacios, murallas, puentes, etc.).² Mientras que los de archivo tienen un uso privado, los textos monumentales están pensados para ser públicos, para mostrar a una audiencia (presente y futura, humana y divina) las tareas del soberano, sus obras piadosas y sus desvelos en garantizar el buen funcionamiento del país a través de las construcciones. Muchos de estos textos tienen información histórica útil (Da Riva 2013b), pero se trata en cualquier caso de documentos destinados a la exaltación del gobernante. Por último, los textos “canónicos” son aquellas composiciones científicas o literarias estudiadas en las escuelas de los escribas, copiadas y conservadas en las bibliotecas de templos y palacios, y que pasan de generación en generación.

Hay que recalcar que los textos son fundamentales para estudiar la historia de Babilonia durante todos los periodos. Si consideramos que la historia de Mesopotamia comienza con el primer documento escrito, allá por el IV milenio a.C. y finaliza con “la última cuña” (Geller 1997 y 1999) en el siglo I d.C., el imperio neo-babilónico es de las fases más breves, pues apenas transcurre un siglo desde la subida al trono de Nabopolasar en 626 a.C. hasta la entrada de Ciro en Babilonia en 539 a.C. Es posible que este periodo no hubiera tenido la significación que tiene en los estudios de Mesopotamia de no haber sido por la cantidad de textos que han perdurado, por la monumentalidad de los hallazgos arqueológicos y, sobre todo, por el eco que la época y sus reyes tuvieron en la tradición posterior, en la Biblia, en los autores griegos y en los escritos medievales árabes y hebreos. Pese a su brevedad, la época neo-babilónica es uno de los grandes periodos de la historia de la antigüedad. Para empezar, en este momento hay en Babilonia un desarrollo económico sin precedentes, un aflujo extraordinario de materias primas y productos desde la periferia al centro,

² Como veremos más adelante, las inscripciones reales neo-babilónicas, salvo pocas excepciones, celebran la construcción de obras arquitectónicas religiosas o privadas por encargo del rey, véase Da Riva 2008.

y un enriquecimiento creciente de dicho centro en detrimento de los territorios externos del imperio (Liverani 1988: 893-899; Jursa 2010). Por otro lado, esta época simboliza la liberación de Babilonia del yugo asirio, el final del poderoso imperio de Nínive y el momento de máxima expansión militar y territorial del país. En el aspecto social, asistimos a la eclosión de Babilonia, una de las principales urbes multiculturales de la antigüedad: la sociedad es ecléctica en el sentido cultural, etno-lingüístico y social. Al núcleo inicial acadio, debilitado por la profunda crisis demográfica post-kassita, se añaden aportaciones de grupos llegados desde fuera, ya sea de forma voluntaria (como los arameos y los caldeos), ya sea en calidad de deportados (judíos, egipcios, asirios), o como especialistas: fenicios, árabes, griegos, iranos, etc. Babilonia es el centro de mercaderes, artesanos, especialistas, diplomáticos, refugiados, mensajeros, comerciantes, músicos, arquitectos... de muy variado origen. Parece que, en contraposición a Asiria, en Babilonia la asimilación social resultaba más fácil. Esta “multiculturalidad” refuerza el papel de la ciudad como garante de una tradición cultural milenaria, como centro del saber, de la literatura, las artes y las ciencias.

En los discursos oficiales, los reyes neo-babilónicos se presentan como depositarios y transmisores de la herencia babilonia. Así, en las inscripciones reales apelan a los dioses babilonios (Marduk y Nabu), describen búsquedas y hallazgos de los antiguos edificios de los monarcas de Akkad y de época paleo- y meso-babilónica, utilizan epítetos y títulos tradicionales de los monarcas babilonios (Da Riva 2008), y realizan tareas características y propias de los reyes de Babilonia, como construir edificios y cuidar el culto y los rituales religiosos.³

La sanción divina del poder real es un leitmotiv en toda la dinastía, pues sólo tres de los seis reyes heredan el poder de sus progenitores, y sólo uno de ellos (Nabucodonosor) logrará mantenerse en el trono. En el contexto de golpes de estado y feroces pugnas por el poder, el tener a los dioses como aliados es fundamental. Sin embargo, bajo este barniz legitimador y esta evocación de las tradiciones antiguas del país, el estado neo-babilónico se organiza siguiendo el modelo asirio. Es paradójico descubrir que el imperio que durante tanto tiempo subyugó y humilló a Babilonia se convierte, tras la victoria en 612 a.C., en el ejemplo y modelo para las estructuras administrativas y para las formas y la organización del gobierno y del estado babilonios. La terminología empleada para definir las funciones más altas en el escalafón de la corte, el ejército y la

³ Frente a estas hazañas piadosas y constructivas, características del soberano como “buen pastor”, los monarcas neo-asirios preferían poner de manifiesto en sus inscripciones reales aspectos de carácter bélico, conquistas, etc. Es simplemente la consecuencia de una manera diferente de entender el poder político y el origen de dicho poder.

administración es de origen asirio. El ceremonial babilonio también está tomado del asirio, así como usos y costumbres de la administración imperial, como el empleo del sello real en la correspondencia, etc. El hecho de copiar modelos asirios podía tener dos explicaciones, por un lado, seguir un ejemplo de estabilidad dinástica y de éxito asegurado en el gobierno, por otro lado, quizás en Babilonia no había modelos antiguos propios para seguir y no hubo más remedio que imitar el único conocido: el asirio. La estabilidad dinástica es clara: el imperio asirio tiene un fuerte fundamento ideológico y religioso en la figura del dios Assur. En Babilonia no existe tal fundamento, y el imperio resulta ser mucho más débil y efímero que el asirio. Por otro lado, tras siglos de dominio asirio, crisis y atomización política, Babilonia posiblemente carecía de estructuras de gobierno propias, bien porque estuvieran en desuso y olvidadas, bien porque las existentes no eran suficientes para atender las necesidades de un estado cada vez más rico, poderoso y extenso.

2. Las inscripciones neo-babilónicas

2.1. Estudios existentes

Las inscripciones reales neo-babilónicas constituyen el grupo más importante de documentos primarios de esta época, pues se trata de textos que emanan del poder y reflejan la imagen que el monarca quiere transmitir de sí mismo ante una audiencia contemporánea, pero también futura. Contamos con cientos de inscripciones reales que conmemoran construcciones de palacios, templos y obras públicas de todo tipo. Pese a la cantidad de textos conservados, especialmente del reinado de Nabucodonosor, la información histórica que proporcionan es, con algunas excepciones, bastante escasa. Al contrario que las neo-asirias, las inscripciones reales neo-babilónicas apenas contienen datos de tipo histórico, pues tratan principalmente de demostrar la piedad y el poder real a través de las construcciones de edificios y las dedicatorias de ofrendas en los templos. Hay excepciones, como las inscripciones de Nabucodonosor en Lúbano (Da Riva 2012) o algunos textos de Nabónido (Schaudig 2001).

Estos documentos fueron de los primeros descubiertos en Mesopotamia por los viajeros y estudiosos pioneros, y algunos de ellos incluso llegaron a publicarse antes del desciframiento del cuneiforme. Los textos fueron reunidos por primera vez por Langdon en 1912, pero nunca se volvieron a editar en su conjunto. En 1973, P.-R. Berger publicó un catálogo de las inscripciones reales conocidas hasta la fecha, el primer volumen de lo que pretendía ser un ambicioso proyecto de edición que nunca se llevaría a cabo. Publicaciones posteriores de nuevos ejemplares y textos inéditos ampliaron considerablemente

el corpus, y las inscripciones del rey Nabónido, quizás las más complejas e interesantes por su composición y lenguaje, e indudablemente las más amenas, fueron objeto de sendos estudios por parte de Beaulieu (1989) y Schaudig (2001). Un estudio introductorio a los textos, con un catálogo puesto al día es Da Riva (2008), en el que además se intenta proporcionar datos tales como el contexto arqueológico de los textos, el formato de las inscripciones y la posible datación de las mismas. Las inscripciones de Nabucodonosor en Líbano han sido recientemente estudiadas y editadas por Da Riva (2009, 2010, 2012, 2013c), así como el *Prisma de Nabucodonosor* (Da Riva 2013a), y una nueva edición de todos los textos de Nabopolasar, Amel-Marduk y Neriglísar (Da Riva 2013b). Quedan pendientes centenares de inscripciones del reinado de Nabucodonosor que van siendo poco a poco estudiadas y que aguardan su publicación en fechas próximas.

2.2. Definición

Una inscripción real es aquel documento en el que el monarca reinante redacta sus actividades oficiales para una audiencia tanto contemporánea como futura. Esta definición es algo limitada y se basa principalmente en la función de los textos, por lo que no incluye las copias posteriores de los documentos que, aunque no son inscripciones stricto sensu, tienen un importantísimo valor para los filólogos. En general, las inscripciones son contemporáneas a los eventos que el rey celebra, narra o describe en ellas, pero a la vez tienen una proyección en el tiempo y se consideran vigentes más allá de la vida “biológica” de quien las compuso. El rey es tanto el autor como el personaje principal de estos textos que, salvo algunas excepciones, están escritos en primera persona del singular. Otro elemento definidor de las inscripciones es el soporte material usado: materiales de tipo perecedero como el bronce, la piedra o el adobe cocido. Ninguno de estos materiales se solía emplear para readactar los documentos de uso diario.

Los monarcas neo-babilónicos usaban diversos términos para denominar su obra escrita. Por una parte empleaban *šitir šumi*, que se refiere a la inscripción. La palabra *mušarû* o *musarû* también denota el soporte u objeto sobre el que se ha redactado la inscripción. Finalmente, el término *narû* (lit. “estela”) indica un tipo de formato, no de inscripción, y se usaba no sólo para las estelas, sino también para inscripciones conmemorativas en rocas al aire libre. En mi opinión, *narû* parece ser un término genérico que indica una inscripción real cuando está escrita sobre piedra en un formato monumental.

2.3. Clasificación y Función

Hay varias maneras de clasificar las inscripciones reales, y tanto D. O. Edzard como J. Renger han proporcionado tipologías bastante amplias de fácil aplicación a los diferentes periodos, y que tienen en cuenta la pluralidad de textos que existía en Mesopotamia (Edzard 1980-1983: 59ss.; Renger 1980-1983: 66ss.). Por su parte, la clasificación ofrecida por Berger se basa fundamentalmente en el soporte o tipo de material usado como soporte de la inscripción (Berger 1973). Cuando se trabaja con un corpus relativamente reducido de inscripciones reales (unas doscientas entre todos los reinados, salvo La-abash-Marduk, del que no tenemos, véase Da Riva 2008) desde un punto de vista sincrónico, es útil usar una combinación de enfoques tipológicos diversos para lograr una clasificación lo más completa y calibrada posible. Cronología (interna y externa); localización (lugar donde se colocó originalmente el objeto (si se conoce) y/o lugar donde se halló el objeto (contexto arqueológico); contenido; y soporte material son los cuatro elementos más importantes para clasificar un texto de estas características, así que, cuando analicemos un texto de este tipo, es necesario atender bien a estos criterios.

La cuestión de la función de los textos está unida a su objetivo, o mejor dicho, a sus destinatarios ¿Para quién estaban pensados estos textos? Naturalmente que para los dioses, los monarcas futuros, pero también para el “público” contemporáneo, en concreto para aquellas personas con posiciones importantes en la administración y en el estado (escribas, funcionarios de alto rango, etc.) que eran las únicas que podían leer, o tenían quien leyera para ellos (Schaudig 2001: 66s.). El papel que jugaba la audiencia contemporánea no debe ser subestimado, pues las inscripciones reales tenían un papel muy importante como medio de presentación del rey. Sin embargo, la localización o el enclave originario de una inscripción determina en gran medida el público potencial de la misma y el alcance que el mensaje (escrito o pictórico) pudiera tener. A su vez, la localización está muy relacionada con el tipo de soporte material o con el medio usado para escribir la inscripción. La mayoría de las inscripciones reales (en cilindros, ladrillos, estelas...) están en las grandes ciudades del centro imperial, donde se negocian las relaciones de poder y donde el público potencial estaba familiarizado con el contexto socio-político, el código y el trasfondo ideológico y cultural de los textos.

En este sentido, es interesante comparar las estelas con las inscripciones en paredes de roca en la periferia occidental del imperio (en los actuales estados de Líbano, Jordania y Arabia Saudita). Las estelas se erigían generalmente en los centros urbanos de las áreas centrales del imperio, mientras que los monumentos tallados en las rocas (los tenemos para inscripciones de Nabucodonosor y

Nabónido) son más frecuentes en la periferia. Estelas y relieves rocosos se relacionan, ya que con frecuencia muestran motivos iconográficos similares. El rey Nabucodonosor en la estela Schøyen (George 2011) tiene una pose similar a la del relieve de Shir as-Sanam (Fig. 1). La representación de Nabónido en Sela (Fig. 2) es muy similar a la forma en que el rey aparece en las estelas, como la de Babilonia (Fig. 3). En términos de su estructura y carácter, estelas y relieves rocosos están íntimamente conectados. Pero también presentan diferencias importantes: por regla general, las estelas no se encuentran en lugares abiertos o públicos, mientras que los monumentos rocosos son constantemente visibles por todos. El espectador potencial de una estela es intencionado, el de un monumento rocoso no. En mi opinión, el hecho de que el monumento (inscripción e imagen) fuera en muchos casos inaccesible, como la inscripción de Nabucodonosor en Shir es-Sanam (Líbano) o la de Nabónido en Sela (Jordania) no es importante. Casi nadie que pasaba por ahí sabría ni podría leer el texto de todos modos, y la mayoría nunca reconocería al rey representado en el monumento, ya que probablemente nunca habían oído hablar de él ni de su imperio. No se debe pensar que al encargarse la obra, el rey tenía en mente al transeúnte solitario, como potencial espectador de este despliegue de poderío imperial. Los relieves eran declaraciones de dominio político producidos por el rey y han de ser entendidos en su contexto físico. Los monumentos funcionaban como señales de dominio imperial y competitividad. En su combinación de texto e imagen, los monumentos muestran el poder político e ideológico, la autoridad proyectada y el prestigio. Su creación debe ser vista en el contexto general de las dinámicas de control imperial, como una herramienta más de los elementos constitutivos de la acción de dominio, junto a una serie de estrategias utilizadas para superar la distancia y las tendencias centrífugas y para someter a los rebeldes y rivales: las campañas militares, la construcción de caminos y fortalezas, la organización administrativa del territorio y el nombramiento de los gobernadores. Algunas de estas estrategias y actividades, la producción de monumentos entre ellas, tienen correlatos arqueológicos tanto en el núcleo imperial como en la periferia, mientras que otros sólo son evidentes en la documentación textual.

En cualquier caso, la función básica de todas las inscripciones reales, independientemente de su soporte material o lugar de colocación, era asegurar que el rey tuviera un lugar en el mundo humano y divino a través de la palabra duradera. Las inscripciones garantizan el *zikir šumi*, “nombrar el nombre” o la “fama” del monarca. Esta fama o reputación no sólo debe quedar para los contemporáneos, sino que se ha de fijar para la posteridad. El rey anhela vencer el paso del tiempo y la propia muerte a través de las inscripciones, la única manera que los humanos tienen de obtener algo parecido a la inmortalidad divina: no ser olvidados en el futuro, y que su nombre se recuerde para siempre.

En referencia a los ladrillos inscritos que encontré *in situ* en el Palacio Sur de Babilonia, el célebre arqueólogo alemán Robert Koldewey⁴ comentaba: “El objetivo principal [de los ladrillos inscritos] era el de asegurar que el nombre del rey como autor de grandes obras perdurara en el tiempo” (Koldewey 1990: 96). Las inscripciones de construcción enterradas bajo los cimientos o insertadas en los muros de los edificios patrocinados por el monarca forman el género mejor representado de este corpus, y son un buen ejemplo de esa idea. Este tipo de objetos estaba concebido para que los monarcas venideros los encontraran en el curso de sus propias reformas o reconstrucciones de edificios. Cada vez que un monarca, construyendo o reconstruyendo un templo, un palacio, una muralla o cualquier otra obra edilicia de gran magnitud, encuentra la inscripción de un rey precedente, ha de respetarla, la ha de leer y ha de colocar su propia inscripción al lado de la que ha hallado, con el fin de que, en el futuro, otro rey encuentre la suya y proceda de la misma manera. Los reyes neo-babilónicos con frecuencia describen en sus textos las circunstancias del hallazgo de inscripciones antiguas, y en muchos casos admiten haberlas leído y estudiado. Cuando Nabucodonosor llevó a cabo la restauración del Eigikalamma, el templo del dios Lugal-Marada, en Marad (Tell Wannat es-Sadum), encontró los antiguos cimientos del edificio y los textos que dejara el rey acadio Naram-Sin en el siglo XXII a.C. Así describe el hallazgo: “En aquel tiempo (...) cuando buscaba los cimientos de su templo [de Lugal-Marada] en Marad, algo que ningún rey había hecho desde tiempo inmemorial, los encontré y los aseguré firmemente sobre la plataforma de Naram-Sin, mi remoto antepasado. Realicé mi inscripción y la coloqué dentro [de los cimientos]” (Da Riva 2008: C32/1 III 20-29).

Sabemos que los reyes neo-babilónicos trataban con mucho respeto las inscripciones antiguas que iban encontrando conforme renovaban antiguos edificios. Nabónido, por ejemplo, halló los textos Nabopolasar en los que se detallaba la construcción del Imgur-Enlil (C32 y C11/B2), la muralla interna de Babilonia, y colocó sus propias inscripciones junto a las de su predecesor. De hecho, Nabónido incluso usó estos antiguos documentos como fuente de inspiración a la hora de redactar su propio texto (Schaudig 2001: 345). Las inscripciones antiguas no sólo se trataban con el máximo respeto y cuidado, sino que también se leían y analizaban a fondo.

El respeto a la palabra del pasado, a la tradición y a las inscripciones antiguas no se queda aquí, sino que se intenta transmitir a las generaciones venideras. En las fórmulas de clausura de muchas inscripciones reales encontramos exhortaciones a los monarcas del futuro para actuar de esta manera. Un buen ejemplo es el texto de Nabopolasar referido a la

⁴ Sobre esta fascinante figura, véase Da Riva 2015.

reconstrucción de la muralla Imgur-Enlil (C32, col. III 30-36), donde encontramos una petición a un potencial monarca futuro: “Cuando este muro se derrumbe y tú repares el daño, de la misma manera que yo hallé la inscripción de un antecesor mío y la respeté, ¡encuentra mi inscripción y coloca la tuya a su lado! Por mandato del gran dios Marduk, cuyas órdenes son irrevocables, que tu reputación sea eterna”. A veces puede no haber una alusión directa a una inscripción de construcción, pero se tiene en cuenta la posibilidad de que alguien encuentre el documento en el futuro, así en el texto de Nabucodonosor C26/2, col. II 24-27 podemos leer: “¡Quienquiera que seas tú en el futuro, no alteres mis acciones, no destruyas mi obra, busca el camino de los dioses!”

2.4. Elementos constitutivos de una inscripción

Una inscripción real es una unidad compleja formada por elementos diferentes: “texto”, “medio” o “soporte material”, “duplicado” o “copia” y “versión” (véase Schaudig 2001: 28). Un texto es esencialmente una composición escrita fijada, que puede ser el resultado de varios modelos. El objeto (escrito) – una tablilla, un recipiente, un cilindro, una estela, un ladrillo, una pared de roca, etc. – es el soporte que, en combinación con su contexto (lugar donde se deposita), dota de función al texto. En otras palabras, cuando el texto está conectado con un soporte, entonces tenemos una inscripción. Las varias inscripciones del mismo texto se llaman “duplicados”, y estos no tienen que ser necesariamente copias exactas, pueden presentar diferencias en el uso de los signos, la división de columnas y líneas, etc. Pero si las variaciones de los duplicados son tan acusadas que cambian considerablemente el mensaje del texto, entonces estamos ante una “versión”. Las versiones pueden resultar del empleo de diferentes modelos a la hora de crear el texto. Generalmente, texto e inscripción suelen ir juntos, no se da el caso de un mismo texto dividido en varias inscripciones; pero sí que es frecuente lo contrario, que haya más de un texto en la misma inscripción, esto se llama *Sammelinschrift* (como en el cilindro del Euhulul de Nabónido; Schaudig 2001: 2.12.).

El soporte material es tan importante, que en acadio la palabra *mušarû* o *musarû* casi exclusivamente se refiere a las inscripciones reales o a los objetos sobre las que están escritas. El término aparece con frecuencia en las inscripciones de construcción neo-asirias y neo-babilónicas en referencia a antiguos depósitos de fundación y a otros objetos inscritos que solían aparecer en las excavaciones de cimientos de edificios, sobre todo templos (Beaulieu 1993). Otros términos que podemos encontrar son *narû* (“monumento”, también “estela”); *šīṭir šumi* (“escritura del nombre”); *temmennu* (“fundación”, “cimiento” e “inscripción de fundación”); *zikir šumi* (“nombre” o “fama”). Algunas palabras eran más específicas, como *asumittu* que se refiere a una

estela de piedra con relieves, o *šalmu* (“imagen”, también “estatua”, “relieve”, “estela”). Las inscripciones reales se encuentran en muchos tipos de soportes. Algunos de ellos se hicieron a propósito para el texto, como los cilindros o los prismas, mientras que otros tenían una función independiente por sí mismos, y se podían usar como soportes para las inscripciones, los casos más evidentes son los elementos de construcción (ladrillos, losas...) y las gemas. El primer grupo podría llamarse de soportes “primarios” y el segundo de soportes “accidentales” o circunstanciales. Los soportes primarios no tienen función independiente por sí mismos, son fundamentalmente objetos que llevan un texto; en el caso de los secundarios, estos pueden existir perfectamente sin el texto.

El contenido de una inscripción suele estar relacionado con el soporte material elegido para ella. Algunos soportes sólo se dan en un tipo determinado de inscripciones, y nunca se dan para otras. Las gemas llamadas “piedras de ojo” (Berger 1973: 13-18; 150-162) se emplean exclusivamente para inscripciones dedicatorias, mientras que los materiales de construcción se usan fundamentalmente para inscripciones de construcción y para textos breves en los que sólo aparecen el nombre y la titulación del monarca.

Las inscripciones de construcción, el grupo mejor representado en este periodo, se escriben fundamentalmente sobre cilindros, el “medio por excelencia de las inscripciones reales del primer milenio, especialmente durante la época del imperio neo-babilónico” (Beaulieu 1993). Aunque para simplificar llamamos a estos objetos cilindros, en realidad el término “objeto en forma de barril” sería geoméricamente más correcto, de hecho en la literatura científica francesa se suele usar la palabra *barillet*. Los *barillets* pueden ser más o menos simétricos, y pueden tener los lados aplanados o no. Excepto en los casos de las inscripciones reales de Nabucodonosor y Nabónido, las más numerosas de todo el *corpus* y en las que hallamos una gran variedad de soportes (cuentas de collar, pesas, piedras de ojo, bloques de piedra, estelas, inscripciones en rocas al aire libre, prismas, tablillas de piedra, etc.), los soportes fundamentales de las inscripciones de Babilonia en esta época son sobre todo ladrillos y cilindros.

Como se ha comentado, la función de una inscripción se define por su contenido y por el soporte material empleado. Berger clasificaba las inscripciones según la función que tenían los soportes, y distingue entre objetos funcionales, inscripciones votivas, inscripciones sobre materiales de construcción, e inscripciones monumentales (Berger 1973: 10ss.). Aunque el soporte material es uno de los elementos que proporciona la función a una inscripción, clasificar estas según sus soportes no es siempre apropiado. La función de la inscripción viene determinada por su soporte y por su contexto (el lugar en el que se coloca), y ambos elementos le proporcionan un valor oficial. Ya se ha indicado que la función primordial de estos textos es asegurar la

inmortalidad del monarca. Las actividades edilicias son una buena forma de obtenerla, pues en ellas se apela a la fama, y la inmortalidad del nombre. Naturalmente, todo depende de quién tenía acceso a las inscripciones (ya hemos mencionado los diversos destinatarios potenciales de una inscripción), cuándo se descubren las inscripciones (si se encuentran en el transcurso de la restauración de un edificio, etc.), lo que a su vez depende de dónde están colocadas y sobre qué soporte material están escritas. Una inscripción sobre un ladrillo sirve tanto de “inscripción real” como de material de construcción de un edificio; una pesa inscrita con el nombre del rey le asegura la fama, pero también funciona como una unidad de medida aceptada universalmente, etc.

Es obvio que una inscripción sobre una pared de roca (como la tallada en Wadi Sharbin, Líbano) y una perla inscrita, aunque ambas sean inscripciones reales y aseguren el nombre y la fama del monarca, tenían funciones “prácticas” muy diferentes. En cualquier caso, cualesquiera que sean las actividades del monarca y el soporte material elegido para describirlas, el acto de registrarlas otorga a esas actividades un carácter oficial: una inscripción en una pesa confirma la veracidad de la información que lleva, ya que el nombre del rey está escrito sobre ella, una inscripción en un ladrillo colocado en la pared de un edificio confirma el papel del rey en el proceso de construcción, etc. Además, puesto que estas inscripciones se han escrito por el rey, o por alguien muy cercano a él, son “válidas para siempre”.

2.5. El proceso de la creación de una inscripción real: circunstancias de la composición

Según Berger (1973: 7), se pueden distinguir diferentes fases en el proceso de composición de una inscripción real. Al principio hay una idea original o concepto inicial, oral o escrito, que se redacta en uno o más proyectos. Uno de estos proyectos, por razones que nunca sabremos, es aprobado. El proyecto seleccionado se convierte en la inscripción original, de la que emergen los modelos. El resultado final es el texto que ha llegado a nosotros y que llamamos inscripción. Aunque este modelo pudiera servir como hipótesis de trabajo, es demasiado rígido y está demasiado lejos de las circunstancias reales de la composición, por lo que no es probable que las inscripciones fueran compuestas de acuerdo con él. Muchas inscripciones reales no pertenecen a una “cadena de desarrollo”, porque describen eventos de una sola vez (la construcción de este o aquel templo), por lo que no son susceptibles de ser modificadas diacrónicamente. Por otra parte, el estilo y el contenido de las inscripciones de construcción podrían haber variado de ciudad en ciudad, de acuerdo con criterios dictados por templos o escuelas de escribas locales. Por último, es difícil pensar que cada inscripción de construcción de un determinado rey

tuviera que pasar por todas las etapas anteriores, y cada proyecto, inscripción y modelo original tuviera que obtener la aprobación del monarca.

La cuestión de la autoría está conectada a la del proceso de creación. Llamamos a estos textos inscripciones reales, pero no sabemos el grado de implicación del monarca en todo el proceso. Según Berger (1973: 8) se pueden considerar tres posibilidades teóricas, o bien el texto surge por iniciativa real, o el monarca delega en otra persona, o la idea emerge de una tercera persona. En el primer caso se supone que la idea original proviene del rey. Es difícil saber si éste participaba activamente en las fases restantes del proceso o las delegaba en otra persona, una vez que ha dejado clara su idea y explicado su proyecto. No sabemos en qué momento esta otra persona aparece actuando en nombre del soberano. Es difícil imaginar una ejecución final del texto sin la aprobación general del rey. En el segundo caso, el monarca encomendaría a otra persona la composición del texto, pero es impensable que no lo comprobara el texto en alguna de las etapas del proceso. Una tercera posibilidad es que el texto se originara a partir de la iniciativa de un particular, quizás alguien de la corte, un escriba o un funcionario cercano al monarca. Una vez más, es difícil evaluar el papel del rey y su participación en el proyecto. En cualquier caso, el rey podría haber participado activamente en el proceso de creación, ya sea como “autor” o como moderador. Por supuesto, las tres posibilidades pueden ocurrir simultáneamente; no necesariamente se excluyen entre sí. La situación real era probablemente más simple. Podemos utilizar otra hipótesis aquí, tan válida como la de Berger, y tal vez más realista. Imaginemos un rey que desea (re)construir un templo, expone la idea a su séquito (sacerdotes, escribas), y confía a alguien la composición de una inscripción sobre el templo reconstruido o construido. El rey puede especificar también cómo imagina la inscripción. Quizás había descubierto recientemente una antigua inscripción al llevar a cabo la reconstrucción, y tal vez deseaba tener su propia inscripción compuesta a la manera de la antigua, o simplemente desea utilizar algunas expresiones o frases de la antigua inscripción en su texto. Es posible también que alguien de la corte decidiera componer un texto celebrando la reconstrucción del templo, y sugiriera la idea al rey. El monarca podría haber dado carta blanca a esta persona, o proporcionar algunas indicaciones sobre el futuro texto. En la realidad, los monarcas neo-babilónicos debían ser personas terriblemente ocupadas: tenían un vasto imperio que atender y multitud de obligaciones políticas y rituales de todo tipo que cumplir. Por otra parte, algunos de ellos pasan meses, incluso años (como en el caso de Nabónido),⁵ muy lejos de la

⁵ Al principio de su reinado, concretamente en el 553 a.C. Nabónido abandonó su capital imperial, Babilonia y se trasladó al oasis árabe de Tayma, donde permaneció durante una década, hasta 543 a.C. Es decir, que más de la mitad de sus diecisiete años de reinado (556-539 a.C.) los pasó en

corte. ¡No podemos esperar que supervisaran de manera detallada los procesos de composición de todas las inscripciones reales!

2.6. Hallazgo de una inscripción

La mayor parte de las piezas catalogadas en Berger 1973 carecen de información arqueológica detallada sobre el lugar preciso en que fueron halladas. Como la arqueología es una disciplina en la que la información de primera mano sólo se puede obtener una vez, durante el proceso de la excavación, nos vemos obligados a confiar en los informes arqueológicos, obsoletos e incompletos a veces, cuando se trata de la procedencia de algunas inscripciones. Hay que decir que estas inscripciones pocas veces se encuentran en su contexto arqueológico original, pues suelen aparecer en el curso de excavaciones no controladas. Algunos de los principales lugares del Próximo Oriente en que se han hallado o excavado inscripciones reales neo-babilónicas son: Babilonia, Borsippa, Kish, Larsa, Marad, Seleucia, Sippar, Ur y Uruk (Irak); Harran (Turquía); Nahr el-Kalb, Brisa (Wadi Sharbin), Shir Sanam, Wadi as-Saba (El Líbano); as-Sila (Jordania); Tayma, Fadk (Arabia Saudita); Persépolis, Susa (Irán). La lista anterior no es completa, ya que muchos objetos no se han encontrado en el curso de campañas arqueológicas organizadas y controladas, sino que provienen del mercado de antigüedades. Por otra parte, muchos objetos encontrados en las excavaciones no provienen de contextos primarios y son frecuentes los casos de uso secundario de las inscripciones, sobre todo para los materiales de construcción (ladrillos, elementos de puertas, etc.), estelas y cilindros. Por otra parte, incluso cuando tenemos el nombre del yacimiento o el lugar en el que se encontró la pieza, en los casos de la mayoría de las excavaciones del siglo XIX y algunas de principios del XX carecemos de información sobre la ubicación precisa del objeto.

Como observara Berger (1973: 1), tres cuartas partes de los objetos sobre los que tenemos información detallada de su origen proceden de las excavaciones alemanas en Babilonia entre 1899 y 1917. A pesar de que la metodología de R. Koldewey era muy precisa y de que siempre registraba el punto exacto de procedencia de los objetos que iba hallando en el curso de sus trabajos, la gran cantidad de material hallado en Babilonia impidió la creación de un registro detallado. En los años setenta y ochenta del siglo XX, muchos equipos iraquíes

Arabia, sin, que sepamos, regresara a Babilonia ni una sola vez. Tayma está situado en un cruce de importantes rutas comerciales entre el sur de Arabia, el Levante y el Cercano Oriente. Las razones de esta larga estancia en Tayma son desconocidas, pero han despertado una gran cantidad de especulaciones entre los estudiosos: psicológicas, religiosas, políticas, comerciales o razones económicas se han propuesto para explicar esta extraña conducta.

y extranjeros encontraron inscripciones reales en el curso de sus excavaciones, y anotaron las procedencias con mayor precisión.

Los sitios más importantes en los que se recuperaron inscripciones reales neo-babilónicas son: Babilonia, Borsippa, Larsa y Sippar (Czichon 1998-2001: 205-206). En el catálogo de Berger (1973), se registran muchos objetos con procedencia determinada, pero sin información concreta sobre el contexto arqueológico de la pieza. El caso más llamativo es Marad (Tell Wannat es-Sadam), donde se encontraron más de cincuenta cilindros relativos a la construcción del templo de Lugal-Marada por parte de Nabucodonosor, pero ninguno de ellos en su contexto arqueológico (Berger 1973: 279-80; Da Riva 2008). El número relativamente limitado de lugares de origen de las piezas contrasta con los más de cincuenta museos y universidades de todo el mundo en el que se conservan inscripciones reales neo-babilónicas (Berger 1973: 15). Esto no debe sorprendernos, pues muchos de estos objetos fueron adquiridos por las instituciones a través de intermediarios en los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX. Las inscripciones reales entraron muy pronto en el mercado de antigüedades y se convirtieron en objeto favorito de los anticuarios. Schaudig analiza el uso que se hace en épocas aqueménida, clásica e islámica de las estelas de Nabónido, y también trata de estudiar el uso que se hace de los cilindros (Schaudig 2001: 43ss.). El autor distingue entre cilindros empleados como “inscripciones de construcción” (es decir, en su uso primario) y copias de archivo. Por desgracia, esta distinción no es siempre fácil de establecer, ya que el lugar exacto del hallazgo de muchas piezas es desconocido. Los objetos cuyo lugar de origen concuerda con su uso principal son, por ejemplo, los ladrillos Nabopolasar B1, B2 y B5; y probablemente los cilindros de Nabopolasar C12 y C31.

Como se mencionó anteriormente, algunos objetos fueron comprados por asiriólogos y arqueólogos durante viajes y campañas de estudio en Mesopotamia. Pero los primeros ladrillos de Nabucodonosor fueron traídos a Europa a principios del siglo XVII y, desde entonces, el interés en la adquisición de inscripciones no ha hecho más que aumentar (Berger 1973: 19). Algunos objetos fueron adquiridos a principios del siglo XIX, por ejemplo el cilindro C22/3, pero la mayoría se compró en Mesopotamia entre 1890 y la Primera Guerra Mundial. Otros objetos fueron adquiridos fuera de Mesopotamia, en Estambul o en Damasco, durante el último cuarto del siglo XIX. Un caso curioso es el del cilindro Nabucodonosor C21/11, comprado en Egipto por G. Maspero en 1833; la pieza probablemente procedía de Bagdad, y esto significa que el mercado de antigüedades ya era internacional a principios del siglo XIX. La mayor parte de los objetos fue llevada a Europa, donde se vendió en el mercado de antigüedades. Para otras piezas no existe información alguna

respecto a sus orígenes, y unas pocas inscripciones se han perdido (quizás para siempre), como por ejemplo las inscripciones de Amel-Marduk procedentes de Susa y Babilonia que refiere Berger (1973: 326-330).

2.7. La datación de las inscripciones reales

Diversos reyes neo-babilónicos han dejado testimonios de sus obras en forma de inscripciones conmemorativas o votivas: Nabopolasar (626-605 a.C.); su hijo Nabucodonosor II (605-562 a.C.); Amel-Marduk (562-560 a.C.), hijo del anterior; Neriglisar (560-556 a.C.), yerno de Nabucodonosor; y Nabónido (556-539 a.C.), que no tenía lazos de parentesco con los anteriores monarcas. El reinado de La-abash-Marduk, hijo de Neriglisar y rey de Babilonia durante unos dos o tres meses en el 556 a.C., no ha dado hasta el momento ni una sola inscripción. Como regla general, y salvo algunas pocas excepciones, las inscripciones reales neo-babilónicas no suelen estar datadas de manera interna (no tienen indicaciones de la fecha en que se redactaron, como sí tienen normalmente los documentos económicos, judiciales y administrativos de la época), y es difícil hacer una clasificación cronológica de los textos. Los ochenta y siete años en que Babilonia fue gobernada por la dinastía neo-babilónica representan el marco cronológico amplio que usamos para trabajar con los textos: 626-539 a.C. Como es lógico, se puede asignar una fecha más precisa a las inscripciones cuando el nombre del rey, o su filiación, se conservan; y se puede realizar con frecuencia una datación más precisa dentro de un reinado determinado a partir de criterios internos y externos. Es posible además usar datos arqueológicos o documentales externos (textos de otros archivos) para afinar la cronología. Además, el mismo texto tiene información cronológica interna: su epigrafía, el lenguaje usado, el contenido, su estructura, o la forma del objeto, etc. son elementos que varían con el tiempo y nos sirven para marcar con más precisión los límites temporales de un documento.

El número total de inscripciones de cada monarca podría ser más o menos proporcional al número de años que cada rey ocupaba el trono (como es lógico, a más años, más posibilidades para llevar a cabo actividades de construcción y dedicación, y de dejar más inscripciones conmemorativas); pero también corresponderse con los programas de construcción del monarca. Además, ha de tenerse en cuenta la situación política general de Babilonia: la inestabilidad política dificulta las actividades de construcción y dedicación. Los factores económicos también podrían haber sido determinantes: la riqueza sobrante y el uso que se hace de los recursos humanos y materiales determina la cantidad de obras edilicias. Finalmente, es indudable que la naturaleza impredecible de los hallazgos arqueológicos juega su papel en la cantidad de inscripciones conservadas y recuperadas de cada reinado, pero es imposible cuantificar cómo

y cuánto afecta a los resultados. Nabucodonosor es el rey cuyas inscripciones son, con mucho, las más numerosas, pero también el suyo fue el reinado más largo, que tuvo además lugar en un momento de auge económico sin precedentes, y en un contexto de obras edilicias muy abundantes.

En cuanto a los cilindros, por el momento (2017), contamos con 8 textos (conservados en 26 objetos) del reinado de Nabopolasar (626-605 a.C.), y 6 textos conservados en 14 cilindros y fragmentos escritos de la época de Neriglísar (para cinco años de reinado). También se han identificado más de 50 textos diferentes conservados en más de 230 cilindros que se pueden asignar con certeza al reinado de Nabucodonosor. Schaudig (2001: 323-334) cuenta con alrededor de 125 cilindros para los diecisiete años del reinado de Nabónido: 75 de ellos son duplicados del mismo texto (el cilindro Schaudig 2001: 2.12., Ehulhul). Contamos además con aproximadamente 15 fragmentos de cilindros, algunos de los cuales en mal estado de conservación, de lo que “parecen” ser inscripciones reales neo-babilónicas. Sin embargo, es complicado asignarlos con certeza a un reinado determinado, aunque Nabucodonosor y Nabónido son los candidatos más probables, dado que son los que más inscripciones produjeron.

2.8. Escritura y presentación del texto

En un grupo de inscripciones reales pertenecientes a los monarcas de una misma dinastía, y escritas en un período de menos de noventa años, no podemos esperar diferencias sustanciales en el estilo de la escritura. De hecho, las variaciones diacrónicas son muy leves, hasta el punto de que si encontramos un fragmento de cilindro en el que no está conservado el nombre del monarca, y no lo podemos identificar, solamente un estudio a fondo del texto (estilo y contenido) y la comparación con paralelos puede ayudar a identificar a su autor. En una palabra, las diferencias paleográficas de las inscripciones tienen en general poco valor cronológico. Por otro lado, se han observado más variaciones ortográficas en las inscripciones de un mismo rey que están redactadas en diferentes ciudades. Es verosímil pensar que las tendencias o estilos locales, que se desarrollaban en los centros o escuelas de los escribas, influían mucho en la paleografía de las inscripciones redactadas en esos centros. Sin embargo, la importancia de estas tendencias es difícil de evaluar. Si tenemos en cuenta que cada ciudad tiene sus propias tradiciones de escribas, debemos asumir que el número de escuelas es tan alto como el número de ciudades de las que se han conservado inscripciones. Sin embargo, no podemos excluir la existencia de una cierta unidad “nacional” en materia de la paleografía (al menos con respecto a las inscripciones reales), expresada quizás a través de instrucciones de la cancillería a los centros de escribas locales, a pesar de que, a juzgar por las

variaciones observadas, no puede haber sido tan rigurosa como en el caso de las inscripciones reales neo-asirias. El tema de la inscripción también puede haber influido en el estilo y la paleografía de un texto dado, pero sería necesario un análisis más detallado con el fin de aclarar este punto.

En cualquier caso, un estudio a fondo de la ortografía en todas las inscripciones todavía está pendiente debido en parte a algunas dificultades prácticas, y a la imposibilidad de recopilar y estudiar todas las inscripciones a la vez, ya que están dispersas en varios museos por todo el mundo. Las fotos ayudan, pero no pueden sustituir a la observación directa. Teniendo en cuenta estas advertencias, las observaciones ofrecidas a continuación deben ser tomadas como generales y preliminares.

Las inscripciones reales neo-babilónicas están escritas en escritura cuneiforme, y en lengua acadia. La escritura cuneiforme puede ser la contemporánea neo-babilónica, o un cuneiforme arcaizante inspirado en la escritura paleo-babilónica monumental, por ejemplo la del celeberrimo Código de Hammurabi. Algunas inscripciones han conservado todos sus duplicados en escritura contemporánea, mientras que otros textos están representados sólo en duplicados escritos en cuneiforme arcaizante; es menos frecuente, pero no imposible, encontrar inscripciones en las que algunos ejemplares se redactaron en una escritura y otros en la otra. En algunos casos se puede observar una predilección por un tipo de escritura: en la inscripción C23 (cilindro del Ebabbar de Nabucodonosor), 25 de los 30 duplicados están redactados en escritura contemporánea. Pero no todas las inscripciones originales están disponibles hoy en día, y la escritura de algunos de los textos perdidos no se puede precisar, ya que en algunas ediciones antiguas los copistas (como Rawlinson o Strassmaier) usaban signos “tipográficos” neo-asirios, a pesar de que no se conoce ninguna inscripción neo-babilónica escrita en caracteres neo-asirios (véase Schaudig 2001: 86).

Por otra parte, cuando se hace una copia autografiada se tiene a “normalizar” la escritura, así que al final todas las inscripciones parecen similares, por lo que es complejo estudiar los signos sobre la base de las copias autografiadas. Un estudio paleográfico minucioso no se puede realizar sin cotejar los textos directamente, aunque en ocasiones las fotos sean el único medio de que disponemos para comparar signos y tratar de identificar manos, estilos o tendencias. Los signos de los textos redactados en escritura contemporánea “neo-babilónica” son muy similares en forma a los utilizados en los documentos administrativos de la misma época. Esto es interesante, pues demuestra que no había una escritura “monumental neo-babilónica” exclusiva de inscripciones reales. Por otra parte, el ductus arcaizante imita los signos utilizados en los textos monumentales de época Ur III o paleo-babilónica, por lo que es conscientemente arcaizante. El empleo de esta escritura arcaizante expresa la

voluntad política de los monarcas de vincularse al pasado de Babilonia. La escritura antigua se incluía en los currícula de las escuelas de escribas en el período neo-babilónico (Beaulieu 2006: 193), y los alumnos tenían que aprender esta antigua escritura, así como el dialecto paleo-babilónico. Los escribas incluso redactaban listas de signos con equivalencias entre una escritura y la otra; compilaban listas de signos cuneiformes arcaicos y de pictogramas; e imitaban la apariencia física de las tablillas antiguas (Gesche 2000). En el I milenio a.C. alguien que era capaz de leer y escribir el paleo-babilónico poseía un innegable prestigio, pero además este conocimiento tenía un gran sentido práctico, pues era la única manera de descifrar la antigua escritura cuando se encontraba inscripciones antiguas durante las obras de restauración de templos y otros edificios.

De acuerdo con la mayoría de los autores (véase, por ejemplo Schaudig 2001: 82), en el primer milenio en Mesopotamia, la dirección normal de escritura y lectura de un texto era horizontal y de izquierda a derecha. Las inscripciones de ladrillo, los monumentos de piedra de Wadi Sharbin y Nahr el-Kalb, la “Tablilla de Piedra” de Nabucodonosor, la inscripción de la roca de Nabónido en Sela, Jordania (Schaudig 2001: 3.9.), y todas las estelas están escritas de esta manera. Además, sabemos que esta era la dirección de la escritura, ya que muchas estas inscripciones se encontraron *in situ*, colocadas como se depositaron. El “Prisma de Nabucodonosor” del Museo de Estambul (Da Riva 2013) probablemente también se leía de esta manera (véase Schaudig 2001: 82, 262 en referencia a los prismas asirios). Sin embargo, en el tercer milenio, las líneas de los textos se leían verticalmente y de derecha a izquierda. En opinión de algunos especialistas, había inscripciones reales neo-babilónicas que también se leían de esta manera, como la inscripción de Nabónido sobre el gozne de una puerta (Schaudig 2001: 1.12.). Por su parte, los cilindros plantean un problema con respecto a la dirección de la escritura, ya que se podían escribir o leer en ambos sentidos. Por supuesto, nosotros los leemos horizontalmente y de izquierda a derecha, porque esa es la manera en que leemos normalmente los textos, pero hay que admitir que a veces sujetar un cilindro para leerlo no es tarea fácil, ya que algunos miden más de 22 cm de largo y posiblemente pesen unos 2 kilos.⁶ De hecho, su perfil redondeado hace que sea difícil colocarlos horizontalmente, y surge la cuestión de si se colocan sobre los lados pequeños (los bordes) en una posición vertical. Debido a sus dimensiones algunos de ellos sólo se pueden leer y mantener en posición vertical, como el cilindro de Nabopolasar del Etemenanki (C31, Fig. 4), que, al igual que el cilindro Kish de

⁶ Nunca se me ocurrió colocar alguno de los grandes cilindros macizos de Nabucodonosor sobre una balanza para pesarlo, pero se trata de objetos muy pesados de manejar y sujetar, por no decir de leer y escribir.

Nabucodonosor (C38), sólo se sostiene sobre su extremo derecho. Por supuesto, estos objetos podrían ser sujetados para ser leídos inclinándolos ligeramente (esta es la opinión de Schaudig respecto a cilindros similares de Nabónido: Schaudig 2001: 82). Un rasgo característico de algunos cilindros es su estabilidad; lo que demuestra claramente que podrían ser colocados sobre un extremo. La mayoría de los cilindros, ya sea sólido, perforado o hueco, suele tener un extremo con un diámetro ligeramente más grande que el otro; y es lógico pensar que la superficie más grande era la base sobre la que descansaban las piezas. Algunos cilindros estaban perforados por un extremo (normalmente el derecho), y cerrados por el otro, es decir, la perforación no es completa, sino que sólo alcanza la mitad del eje longitudinal de la pieza, y es posible que se apoyaran sobre el extremo cerrado. Los cilindros huecos con ambos extremos abiertos quizás se colocaban en vertical, aunque no se descarta que pudieran leerse horizontalmente, colocados sobre un soporte con una vara introducida a través del eje longitudinal de un extremo al otro. La única manera de saber con certeza la posición de los cilindros es estudiar los datos arqueológicos que tenemos sobre dichas piezas encontradas *in situ*, aunque, por desgracia, estos datos son más bien escasos. En la ziqqurat de Borsippa, el equipo de arqueólogos austríacos encontró algunos cilindros sólidos dentro una caja: se trataba de uno de los depósitos de fundación del edificio y los cilindros se hallaron de pie, en posición vertical. Schaudig (Schaudig 2001: 83) supone que esta era la forma “normal” de colocarlos.

Por otro lado, un texto se estructura sobre la superficie escrita a partir de columnas, líneas y lineado. Las columnas están presentes en casi todas las inscripciones monumentales: estelas, inscripciones sobre paredes roca, el “Prisma de Estambul”, la Tablilla de Piedra, y la mayoría de los cilindros, etc. El número de columnas depende de la extensión del texto y de su disposición, es decir, la manera en que el/la escriba ordenaba el texto dentro del marco delimitado. A modo de ejemplo podemos mencionar que en cada texto de la inscripción de Brisa (WBA y WBC) tenemos diez columnas escritas alrededor de un relieve tallado del rey Nabucodonosor (Da Riva 2012). En el caso de WBA, las columnas X-XIV fueron escritas bajo la figura tallada del rey: al parecer, el escriba no calculó bien la extensión del texto, por lo que tuvo que buscar espacio para la última parte debajo de la misma inscripción (Fig. 5). En WBC, las últimas cuatro columnas se labraron fuera del nicho previamente tallado y preparado para el texto, sobre la roca sin trabajar: de nuevo debido a un error de cálculo (Fig. 6). Por su parte, las estelas también se dividen en columnas. La estela redondeada de Nabónido (Schaudig 2001: 3.3.) está cubierta por todas partes por escritura organizada en once columnas. Las estelas planas, sin embargo, no suelen estar inscritas en el reverso. El texto en la “Tablilla de Piedra” de Nabucodonosor (Da Riva 2008: ST) está dispuesto como

si fuera una tablilla de arcilla, con diez columnas, cuatro en el anverso, cuatro en el reverso y una en cada lado, sin embargo, para leer el texto hay que girar la tablilla como giramos las páginas de un libro, y no sobre el eje inferior, como es el caso en las tablillas de barro de la época.

La mayoría de las inscripciones, con independencia de su soporte, tiene lineado en el texto: ladrillos, cilindros, inscripciones rupestres, estelas, etc. El lineado no sólo era un dispositivo técnico del escriba, sino quizás también un elemento estético que proporciona una impresión general de armonía, orden y precisión. Las líneas divisorias horizontales trazadas entre las líneas de texto, las líneas verticales que dividen las columnas y las líneas dibujadas en los extremos del cilindro para enmarcar la superficie escrita son elementos fundamentales de la inscripción. Las líneas horizontales dividen frases, oraciones o palabras, muy raramente sílabas de una misma palabra. Una línea divisoria también puede aparecer después de la última línea de texto de cada columna, a modo de cierre, y a veces también antes de la primera línea. Las líneas se trazaban arrastrando el cálamo longitudinalmente, a veces con una incisión profunda, y otras veces muy ligeramente, de modo que en algunas inscripciones las líneas de separación son casi imperceptibles.

En la mayoría de los casos, las columnas están divididas por líneas de separación verticales, que pueden ser a veces duplicadas, creando la impresión de una banda o cenefa que separa las columnas. El lineado es básicamente un dispositivo gráfico empleado para mantener la regularidad durante el proceso de escritura, pero también podía funcionar como elemento decorativo. A pesar de su importancia, este aspecto ha sido ignorado más o menos sistemáticamente por la mayoría de los asiriólogos, que a menudo no reproducen las líneas divisorias en sus copias autográficas. La cuestión del lineado está relacionada con la elaboración de las inscripciones y los modelos utilizados. ¿Cómo se divide el texto o se calcula para ser distribuido más o menos simétrica y regularmente sobre la superficie destinada al efecto? ¿Se trazaban las líneas de separación antes de escribir los signos, o se agregaban según el texto iba siendo redactado? Como en el caso de las columnas, la forma y el tamaño de la pieza, y la longitud de las inscripciones determina las técnicas utilizadas.

2.9. La lengua de las inscripciones

Aunque las inscripciones reales neo-babilónicas se encuentran entre los primeros textos acadios descubiertos, su lengua nunca ha sido objeto de un estudio gramatical completo. Lo mismo puede decirse de la lengua usada en las cartas contemporáneas y documentos administrativos (Streck 1995: xxiii). En general, los filólogos han descuidado bastante el estudio del acadio de época

neo-babilónica. H.-P. Schaudig publicó un extenso estudio gramatical de las inscripciones escritas durante los reinados de los reyes Nabónido y Ciro el Grande (2001), pero su investigación no tiene en cuenta las inscripciones de los predecesores de Nabónido. La lengua de las inscripciones reales es el acadio, hasta la fecha no se han hallado textos sumerios o bilingües; aunque en algunos textos se pueden observar anotaciones en arameo. Una característica interesante de las inscripciones es el uso de un vocabulario muy escogido de términos infrecuentes y cultismos, que resulta muy evidente si comparamos estos documentos con otros tipos de textos de la misma época, como por ejemplo los administrativos, las cartas y las crónicas. Streck (1995: xxiv) resume la situación lingüística del período neo-babilónico de una manera bastante especulativa. Según él, aunque hubo un claro aumento del número de hablantes de arameo en Babilonia, en los centros urbanos se hablaba sobre todo el acadio. Se puede decir que el bilingüismo estaba extendido por todo el país, y que había hablantes de acadio que, por razones prácticas, hablaban y escribían en arameo; así como hablantes de arameo que, por razones de prestigio o sociales, podían utilizar el acadio como lengua hablada y escrita. El acadio todavía se usaba como lengua escrita en las cartas de época helenística, por lo que es verosímil suponer que la lengua se siguió utilizando como vernácula, aunque posiblemente limitada a pequeñas zonas (urbanas).

En la gramática acadia más prestigiosa que tenemos a nuestra disposición, la de von Soden, la lengua de las inscripciones reales neo-babilónicas se denomina tardo-babilónica (“Spätbabylonisch” en alemán, “Late Babylonian” en inglés), por motivos meramente cronológicos. Según von Soden, el “Spätbabylonisch” era la lengua utilizada en los tiempos de los caldeos, los persas, los seléucidas y los arsácidas. En su opinión, la lengua, a pesar de su “anticuarismo compulsivo” era cada vez más una mezcla de acadio y el arameo, pero que sólo se utiliza como lengua literaria, mientras el arameo era la lengua hablada (von Soden 1969: §2h). Berger (1973: 1) tiene el mismo punto de vista, señalando que a pesar de que los reyes son “neo-babilónicos”, no nos han dejado con sus inscripciones en dialecto acadio “neo-babilónico”, sino en tardo-babilónico. Schaudig ha cuestionado con razón estas opiniones y, tras analizar a fondo las inscripciones del rey Nabónido, considera que el lenguaje que nos ocupa no es tardo-babilónico, sino nada menos que “babilonio estándar” (“Jungbabylonisch”, Schaudig 2001: 2s.). Este lenguaje era el que tradicionalmente se usaba como medio de expresión escrita en las inscripciones reales asirias y babilónicas durante la primera mitad del I milenio a.C. Se trata de un lenguaje que difiere del contemporáneo utilizado en las cartas, el cual, según muchos autores, estaba más cerca de la lengua coloquial. El babilonio estándar era un dialecto literario del acadio empleado después del período paleo-babilónico sin límites geográficos, que contiene tanto características del

lenguaje coloquial como elementos arcaizantes. Por supuesto, el babilonio estándar utilizado en el siglo XII a.C. necesariamente difería del que se escribía en el siglo VII a.C., pues la influencia de la lengua hablada de cada período era inevitable. Según Schaudig (2001: 3-4), la lengua literaria era muy diferente del lenguaje administrativo; y aún más del acadio hablado, al que poco a poco va quitando terreno el arameo. A pesar de todo lo dicho, y a pesar de sus características arcaizantes, el babilonio estándar no debe ser considerado como una mera imitación del acadio paleo-babilónico, sino más bien como una lengua artificial y literaria de amplio uso en tiempo y en espacio.

2.10. Estructura de las inscripciones

El análisis estructural de las inscripciones reales neo-babilónicas no es tarea sencilla. Los modelos son ricos y variados, es probable que no hubiera un modelo unitario y el proceso compositivo de los textos es difícil de reconstruir. Una característica frecuente de la mayoría de estos textos es el uso de la primera persona singular. El monarca, personaje principal y también narrador, conduce al lector a través del texto desde el principio hasta el final. Naturalmente que eventuales digresiones pueden requerir el uso de la tercera persona aquí y allá, pero la perspectiva narrativa permanece inalterada. Consideremos un texto breve como ejemplo, el cilindro Nabopolasar C11 (Fig. 7): “Soy Nabopolasar, rey de Babilonia, designado por Nabu y Marduk. (En cuanto al) Imgur-Enlil, la gran muralla de Babilonia, que se había vuelto débil y derrumbado antes de mi época, coloqué sus cimientos sobre las aguas primordiales, y la reconstruí imponiendo una tasa a los trabajadores de mi país, rodeé Babilonia (con ella) por los cuatro puntos cardinales, y diseñé su parte superior como en los días lejanos. ¡Oh muralla pronuncia palabras favorables (sobre mí) ante mi señor Marduk!” Los tres personajes de esta historia son (en orden de aparición): el rey, la muralla y Marduk. La construcción sería el siguiente: a.- Presentación del rey: el nombre del rey, seguido de títulos y epítetos. Esta parte usualmente se concluye con el pronombre personal de la primera persona del singular, que cierra la frase; b. - Descripción de las reparaciones hechas en la muralla Imgur-Enlil, interrumpida por una oración de relativo que describe el estado de la construcción. c. - Sección de clausura: apelación a la muralla, solicitando una buena recomendación a Marduk, el dios patrono de Babilonia. Este texto tiene una construcción bastante simple; después de todo, está redactado en una sola columna con veintiuna líneas. Algunas inscripciones pueden tener más de 600 líneas (como la “Tablilla de Piedra” de Nabucodonosor del Museo Británico, o las inscripciones sobre las rocas en Brisa o Nahr el-Kalb, ambas en Líbano), y

por consiguiente un texto mucho más largo y complicado. Una inscripción ideal presentaría cuatro elementos en su estructura:

1. Presentación del rey con títulos y epítetos.
2. Situación o introducción, con un repaso más o menos breve al currículum del rey y a sus obras piadosas y edilicias en templos, a sus tareas de constructor de palacios, etc.
3. Tema principal: normalmente la descripción del proyecto edilicio sobre el que trata el texto en cuestión.
4. Sección de clausura de la inscripción, con exhortaciones y ruegos a la construcción, y consejos a los monarcas del futuro.

En general, podríamos esperar este patrón básico en todos los documentos, más o menos adaptado al tema, la longitud del texto, el tipo de soporte material, etc. En algunos casos, esta estructura incluso se puede dar más de una vez en una misma inscripción. El texto puede ser dividido en diferentes apartados por medio de una reiteración de las secciones de presentación y situación, como en la inscripción de Brisa (Da Riva 2012).

2.11. El contenido de las inscripciones

Dejando de lado un par de “etiquetas”, las inscripciones de dedicación sobre gemas y objetos de piedra, la inscripción de Nabucodonosor en Brisa, y algún cilindro algo fragmentario, la gran mayoría de los textos de este corpus trata de las actividades edilicias de los reyes, ya sea directamente, como en el caso de las inscripciones de construcción, o indirectamente, como en los ladrillos de Tipo A (Berger 1973: 22). La desigual distribución de los tipos de inscripción en el corpus, con los textos de construcción superando con creces todas las otras clases de documentos, es consecuencia directa de las prioridades ideológicas de los monarcas.

De acuerdo con el contenido, podemos distinguir entre varios tipos de inscripciones:

1. Inscripciones de nominación. Estos textos cortos contienen sólo los títulos del rey, sin ninguna indicación más, y funcionan como etiquetas de propiedad. Están representados en ladrillos y vasos de piedra. En este grupo podríamos incluir también las inscripciones de propiedad, como el vaso de Nabucodonosor (V1), cuyo formulario se limita al nombre del monarca y a una mención de sus títulos y epítetos.

2. Inscripciones votivas o dedicatorias. Estos textos, representados por la serie de “piedras de ojos” de Nabucodonosor y por las perlas, se dividen en dos

sub-grupos, dependiendo de la presencia o ausencia de una indicación del objeto dedicado (Berger 1973: 14). Estas inscripciones contienen simplemente el nombre del monarca y el del dios beneficiario.

3. Inscripciones de construcción. Descripciones largas de las obras de construcción, las modificaciones en estructuras arquitectónicas y las restauraciones que se encuentran en la sección de introducción y en el apartado del tema principal de muchas inscripciones.

Hay que notar que esta clara preferencia por los programas de construcción a expensas de temas bélicos no hace la dinastía neo-babilónica una defensora de la paz y la convivencia entre los pueblos del Próximo Oriente antiguo. De hecho, la guerra fue crónica durante este período, pero los reyes preferían ser recordados como constructores y no como guerreros. Neriglísar es el único monarca que nos ha dejado un relato de sus hazañas militares en una inscripción real (C011); pero como el texto es sólo un fragmento, es difícil saber a qué parte del documento pertenece, y el peso que el relato bélico tiene en la inscripción. Los otros monarcas no mencionan las propias campañas militares, sino sus resultados, como Nabopolasar, que menciona con harta frecuencia la destrucción de Asiria (cilindros de C12, C22 (Fig. 8), C31 y C32), y Nabucodonosor que trata la conquista del Líbano en la inscripción de Brisa.

4. Inscripciones narrativas. Este tipo como tal no aparece en este corpus; según Renger (1980-1983: 73), se trata de una ampliación, no un género propio dentro de las inscripciones reales. La mayoría de las inscripciones de construcción contienen largas digresiones de carácter narrativo. Por su parte, las inscripciones de Brisa (y probablemente Nahr el-Kalb) contienen información sobre las campañas de Nabucodonosor en el Líbano. En WBC (diez columnas) el tema principal del texto, la conquista del Líbano, se introduce por primera vez a principios de la novena columna, y las columnas anteriores se dedican a una descripción muy detallada de infinidad de actividades religiosas y edificaciones del monarca. Aunque el texto de Brisa pertenece al grupo de las inscripciones narrativas, su objetivo no es tanto la narración de las circunstancias de la conquista del Líbano, sino la exaltación del poder imperial babilonio expresado a través de la construcción de templos y la restauración de los rituales. Otro texto importante de este sub-grupo sería la Estela de Adad-guppi (Schaufig 2001: 3.2.), que contiene un relato de la vida de la madre Nabónido. Un caso especial es el formado por las inscripciones (o secciones de inscripciones) con referencias a funcionarios y cortesanos del imperio. El único ejemplo conocido de este periodo es un texto muy inusual, conocido como “Calendario de Corte y Estado”, contenido en el “Prisma de Nabucodonosor” del Museo Arqueológico de Estambul y publicado recientemente (Da Riva 2013). La pieza está incompleta, por lo que sólo se puede especular sobre el contenido de la

inscripción, que sin embargo parece registrar la restauración del palacio en Babilonia, lo que haría del prisma una inscripción de construcción. Pero las inscripciones de construcción no suelen tener una larga lista de funcionarios de la corte, de gobernadores provinciales, de líderes tribales y de oficiales a cargo de las ciudades del imperio, de reyes levantinos y de otras muchas personalidades, como sí tiene el prisma. De hecho, las inscripciones de construcción neo-babilónicas nunca se refieren a nadie salvo al monarca, que es el tema principal y eje alrededor del que giran los textos.

3. Conclusiones

No debemos dejarnos engañar por el carácter narrativo de las inscripciones reales neo-babilónicas; no fueron escritas por su valor “histórico”, sino que son la expresión de la monarquía de Babilonia a mediados del I milenio a.C. Se trata básicamente de un medio de “propaganda”, pues expresan la ideología del monarca bajo cuyo patronazgo fueron compuestas. Los textos proyectan una imagen de la monarquía en el plano político y religioso. En general, dos ideas básicas se encuentran en las inscripciones reales neo-babilónicas: el carácter piadoso del monarca, y su papel en la transmisión de la tradición. Ambas ideas se expresan en las dos actividades principales en las que el rey neo-babilónico desea ser recordado: la (re)construcción de estructuras arquitectónicas religiosas y civiles, y la restauración de los cultos y rituales de los dioses. En estas dos nociones se puede detectar la idea de que, antes de la dinastía neo-babilónica, lo que había era el caos. En el caso de Nabopolasar, este caos fue la consecuencia de la ocupación asiria, en sí el producto de la ira divina, pero que consigue vencer a través de la victoria sobre el enemigo y la liberación de Babilonia. Por supuesto, esta victoria sólo era posible (se diría pensable) por la intervención divina. Apaciguar a los dioses mediante la construcción de sus templos y la realización de proyectos de construcción civil para el bienestar del país (ámbito terrenal), y mediante el restablecimiento de los rituales (esfera religiosa) era la responsabilidad primordial del monarca neo-babilónico.

Por otro lado, la continuidad jugaba un papel importante en la ideología real mesopotámica. Esta continuidad podía ser real o fingida, y siempre obedecía a razones de carácter político y religioso. La continuidad de la monarquía babilónica fue interrumpida durante los siglos VIII y VII a.C. por la ocupación asiria; la guerra, el hambre, el colapso económico, y la destrucción sistemática de ciudades y paisajes cambiaron la percepción del pasado y la idea de la continuidad dinástica. Después de la caída de Nínive (612 a.C.), uno se encuentra no sólo una nueva monarquía establecida en la tierra, sino también una nueva concepción del poder y de la expresión literaria de dicho poder.

Un breve repaso a las inscripciones reales neo-asirias es suficiente para comprobar que la principal preocupación del monarca asirio es remarcar su papel de guerrero, aunque no deje de lado el papel de constructor. La monarquía asiria se asentaba sobre la base de un linaje de sangre, y el rey se refiere normalmente a sus predecesores en términos de parentesco, incluso cuando conflictos y golpes de estado alteran la continuidad biológica entre soberanos. Por el contrario, las inscripciones reales neo-babilónicas siguen la tradición de Babilonia y están casi exclusivamente dedicadas a celebrar la construcción de edificios y el establecimiento de rituales, que son las tareas más importantes del gobernante según esta ideología. En el caso particular de los reyes neo-babilónicos, ensalzar las actividades de construcción en las inscripciones sirve además para destacar la nueva percepción de la continuidad de la institución real después de la liberación del país.

Bibliografía

- Beaulieu, P. A. 1989: *The Reign of Nabonidus, King of Babylon 556-539. B.C.* YNER 10, New Haven.
- 1993: “Divine Hymns as Royal Inscriptions”, NABU 1993/84.
- 2000: “Neo-Babylonian Inscriptions”. En W. W. Hallo / L. Younger (eds.): *The Context of Scripture, Vol. II. Monumental Inscriptions from the Biblical World*, Leiden / Boston / Köln: 306-314.
- 2003: “Nabopolassar and the Antiquity of Babylon”. En I. Eph'al *et al.* (eds.): *Eretz-Israel. Archaeological, Historical and Geographical Studies. Hayim and Miriam Tadmor Volume*, Jerusalem: 1*-9*.
- 2006: “Official and vernacular languages: the shifting sands of imperial and cultural identities in First-Millennium B.C. Mesopotamia”. En S. L. Sanders (ed.): *Margins of Writing, Origins of Cultures*, Chicago: 187-216.
- Berger, P. R. 1973: *Die neubabylonischen Königsinschriften. Königsinschriften des ausgehenden babylonischen Reiches 626-539 a. Chr.* AOAT 4/1. Kevelaer / Neukirchen-Vluyn.
- Czichon, R. 2001: “Nebukadnezar II. B. Archäologisch”, *RIA* 9: 201-206.
- Da Riva, R. 2008: *The Neo-Babylonian Royal Inscriptions: An Introduction*, Münster.
- 2009: “The Nebuchadnezzar Inscription in Nahr el-Kalb”. En A. M. Afeiche (ed.): *Le Site du Nahr el-Kalb*, Beirut: 255-301.
- 2010: “A lion in the cedar forest. International politics and pictorial self-representations of Nebuchadnezzar II (605-562 BC)”. En J. Vidal (ed.):

- Studies on War in the Ancient Near East. Collected Essays on Military History*, Münster: 165-193.
- 2012: *The Twin Inscriptions of Nebuchadnezzar at Brisa (Wadi esh-Sharbin, Lebanon): a Historical and Philological Study*, Vienna.
- 2013a: “Nebuchadnezzar II’s Prism (EŞ 7834): a new edition”, *ZA* 103/2: 196-229.
- 2013b: *The inscriptions of Nabopolassar, Amēl-Marduk and Neriglissar*. SANER 3, Berlin / Boston.
- 2013c: “Neo-Babylonian monuments at Shir es-Sanam and Wadi es-Saba (North Lebanon)”, *WZKM* 103: 87–100.
- 2015: “Robert Koldewey y las excavaciones de Babilonia”. En R. Da Riva / J. Vidal (eds.): *Descubriendo el Antiguo Oriente: estudiosos de Mesopotamia y Egipto a finales del s. XIX y principios del s. XX*, Barcelona: 247-276.
- Edzard, D. O. 1980-1983: “Königsinschriften A. Sumerisch”, *RIA* 6: 59-65.
- Geller, M. J. 1997: “The Last Wedge”, *ZA* 87: 43-95.
- 1999: “Graeco-Babyloniaca in Babylon”. En J. Renger (ed.): *Babylon, Focus mesopotamischer Geschichte, Wiege früher Gelehrsamkeit, Mythos in der Moderne; Internationales Colloquium der Deutschen Orient-Gesellschaft 24.-26. März 1998 in Berlin*, Saarbrücken: 377-383.
- George, A. 2011: “A Stele of Nebuchadnezzar”. En A. George *et al.* (ed.): *Cuneiform Royal Inscriptions and Related Texts in the Schoyen Collection*, Bethesda: 153-169.
- Gesche, P. 2000: *Schulunterricht in Babylonien im ersten Jahrtausend v. Chr.*, Münster.
- Glassner, J. J. 2004: *Mesopotamian Chronicles*, Atlanta.
- Grayson, A. K. 1975: *Assyrian and Babylonian Chronicles*, New York.
- Jursa, M. 2005: *Neo-Babylonian Legal and Administrative Documents. Typology, Contents and Archives*, Münster.
- 2010: (with contributions by Johannes Hackl et al.) *Aspects of the economic history of Babylonia in the first millennium BC. Economic geography, economic mentalities, agriculture, the use of money and the problem of economic growth*. Veröffentlichungen zur Wirtschaftsgeschichte Babyloniens im 1. Jahrtausend v. Chr. 4, Münster.
- Koldewey, R. 1990: *Das wieder erstehende Babylon*. Fünfte, überarbeitete und erweiterte Auflage, hrsg. v. B. Hrouda, München.
- Langdon, S. 1912: *Die neubabylonischen Königsinschriften*, Leipzig
- Olmstead, A. T. 1925: “The Chaldaean Dynasty”, *Hebrew Union College Annual* 2: 29-55.
- Renger, J. 1980-1983: “Königsinschriften B. Akkadisch”, *RIA* 6: 65-77.

- Schaudig, H. P. 2001: *Die Inschriften Nabonids von Babylon und Kyros' des Großen samt den in ihrem Umfeld entstandenen Tendenzschriften. Textausgabe und Grammatik*, Münster.
- Streck, M. 1995: *Zahl und Zeit. Grammatik der Numeralia und des Verbalsystems im Spätbabylonischen*, Groningen.
- Von Soden, W. 1969: *Grundriss der akkadischen Grammatik*, Roma.
- von Voigtlander, E. N. 1963: *A Survey of Neo-Babylonian History*. Thesis (Ph. D.). University of Michigan.



Fig. 1. Relieve de Nabucodonosor en Shir as-Sanam (Líbano), foto: R. Da Riva.



Fig. 2. Relieve de Nabónido en Sela (Tafila, Jordania), foto: S. Ríos.



Fig. 3. Estela de Babilonia, foto (AN32637001):
copyright del Museo Británico de Londres.

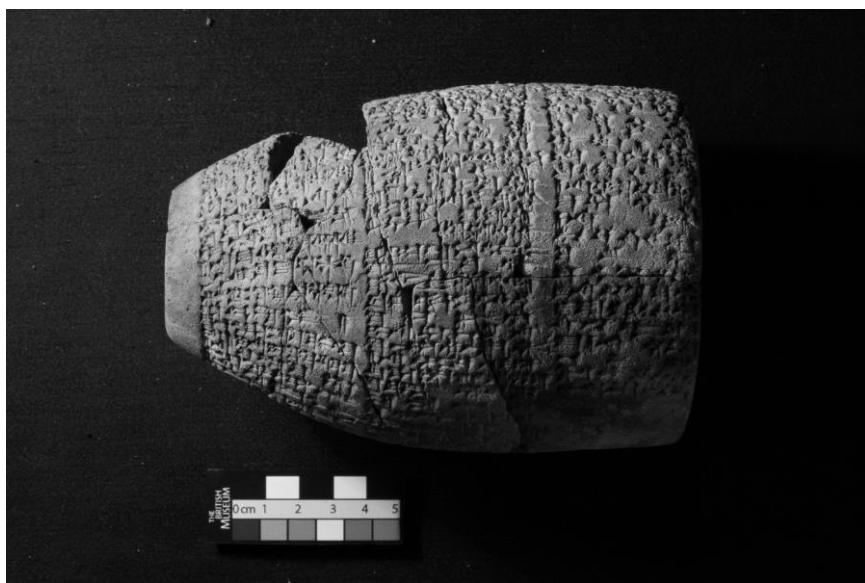


Fig. 4. Cilindro C31 de Nabopolassar, foto: A. Ensesa.



Fig. 5. Inscripción WBA, Wadi Sharbin (Líbano), foto: R. Da Riva.



Fig. 6. Inscripción WBC, Wadi Sharbin (Líbano), foto: R. Da Riva.

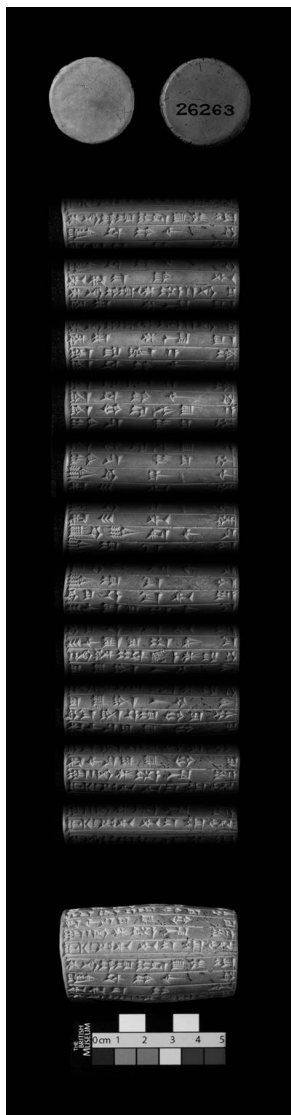


Fig. 7. Cilindro de Nabopolassar C11, Museo Británico, foto: A. Ensesa; montaje: C. Terré.

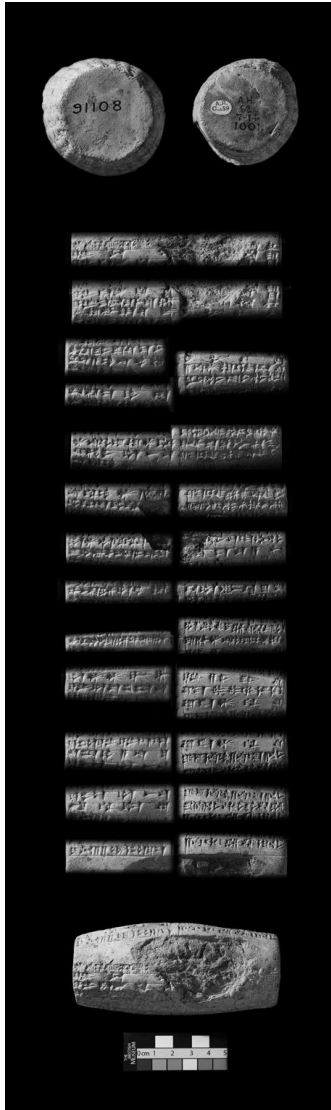


Fig. 8. Cilindro de Nabopolassar C22, Museo Británico, foto: A. Ensesa; montaje: C. Terré.